

El teatro, los toros, el zen

José Caballero

El arte, antes que otra cosa, implica un gesto sagrado. Su argumentación pasa, supuestamente, por la relación entre el actor, el torero y el monje zen. El efecto es puro artificio. En el arte, ya lo dijo Michel Leiris, lo que se juega el artista es la propia vida; su finalidad es alcanzar el equilibrio entre el riesgo y el movimiento de la puesta en escena.

Cuando, después de más de quince años de solamente tener mi atención puesta en la actividad teatral, puse de nuevo un pie en la plaza de toros, el reencuentro tuvo el efecto de la revelación. ¿Cómo había sido posible si lo que ahí sucede es tan teatral?

Si eres un aficionado al teatro seguramente recordarás que, según Nietzsche, una actividad semejante dio origen a la tragedia: el sacrificio del macho cabrío; y dejando de lado discusiones que rebaten tal idea, advertirás en el estallido de luces y colores, en las suertes y los lances, los elementos espectaculares que atrapan la vista.

Pero una mirada más atenta te ha de mostrar cómo en esencia se trata de actividades virtualmente idénticas. En la corrida de toros el drama comienza con la pugna entre la luz y la sombra; termina con la muerte. Si tu paladar es fuerte sin duda preferirás la crudeza taurina y dirás que el teatro es un mero edulcorante. Si, en cambio, estás hecho a las delicadezas, bendecirás el día en que alguien inventó los estímulos ficticios para producir reacciones verdaderas sin recurrir a la *realidad* de la sangre.

Por mi parte afirmo que he aprendido más del teatro, y en especial de la actuación, en una plaza de toros, que en muchos libros de teoría teatral. Suelo invitar a mis alumnos a asistir a una corrida, sin embargo pro-

curó no corromper demasiado sus conciencias y me conformo con que lean *El arte de birlibirloque* de José Bergamín, para después comentarlo en clase. No es raro que para un problema actoral encontremos la respuesta estableciendo un símil con cierto aspecto de la tauromaquia.

Dice Bergamín:

En el juego artístico de torear no se pueden hacer posturas, ni en el ruedo ni fuera de él; porque la postura es lo contrario de la colocación o posición, situada ante la *suerte*.

El mal torero, como todo artista malo, confunde el arte con la estrategia: la exactitud con la oportunidad.

El peor truco del torero es la valentía; el torero truculento y sensacional de la valentía es un tramposo. El alardear de valor es en el torero un efectismo del peor gusto; y, además, mentira; la prueba más evidente del miedo es un exagerado gesto de valor: para asustarlo. El valor y el miedo se excluyen por definición, por principio, de todo arte o deporte, constantemente peligroso: porque la regla primordial del arte, del juego, es prescindir del peligro como si no existiera; su previsión es descontarlo. La valentía del torero se supone, como un axioma matemático, sin necesidad de demostración.



Carlos Lozano, *Bailaores*



Carlos Lozano, *Pase de pecho*

¿No recuerdan tales afirmaciones a los malos actores que fingen emociones, tratan de lucir sus voces o sus cuerpos, diseñan hasta la última de sus reacciones, exhiben su supuesta facilidad para sentir?

En el teatro, como en el toreo, la verdad se hace evidente cuando el oficiante se coloca en sitio y aguarda con templanza el momento de la revelación. Todo esto tiene aroma a incienso. No es extraño. El teatro y el toreo *reúnen*. Son rito. *Religión*.

Desde hace algunos años ocupo parte de mi tiempo en meditar. No quiero decir pensar concienzudamente en algún tópico, sino simplemente sentarme a poner mi atención en respirar mirando a una pared. El zen. Y cuando mi conciencia se debatía en la aparente incongruencia de salir del templo para dirigirme a la plaza de toros, un buen amigo puso en mis manos el libro de José María Moreira titulado *Historia, cultura y memoria del arte de torear*. En él se encuentra un capítulo titulado "Toreo y zen". Qué cosa. ¿No será un mero efecto alucinatorio de la epidemia conocida como globalización? En todo caso permítaseme afirmar que he aprendido en el zen otro tanto acerca de la actuación.

Como lo expresa el citado capítulo, zen y toreo son actividades espirituales. También el arte y sobre todo, el arte del actor.

La concentración de la atención es uno de los primeros temas que trata Stanislavski en su método, es el inicio de la práctica de la meditación y un hecho cuando toro y torero se encuentran en la deslumbrante verdad de la faena.

Así como el meditador se hace uno con el mundo, el torero con el toro, lo hace el actor con el personaje extrayendo la más profunda verdad de la ficción.

En su pequeña joya "Zen en el arte del tiro con arco", el filósofo alemán Eugen Herrigel relata la experiencia que tuvo en Japón al "aprender" a tirar con el arco como un método de *practicar* la filosofía.

La idea de la filosofía como práctica es inherente al zen tanto como al toreo o a la actuación. Teatro, toreo y zen son, esencialmente, práctica, experiencia que, sin subestimar el intelecto y la teoría, busca una dimensión más alta de conciencia. Muchas veces he observado cómo el exceso de intelectualización conduce al actor a una especie de esclerosis anímica. El laberinto construido con conceptos, sesudas reflexiones, ideas *a priori* y prejuicios teóricos acaban por dar al traste con su actividad porque

En el teatro, como en el toreo, la verdad se hace evidente cuando el oficiante se coloca en sitio y aguarda con templanza el momento de la revelación.

lo apresan en un pasado diseñado frecuentemente por un director narcisista que les carga los lomos con el fardo de su supuesta lucidez. Entonces se parecen al ciempiés que, desde el momento en que se pusiera a cavilar para saber en qué orden mover las patas, ya no podría caminar.

Dice Herrigel:

El maestro se horrorizaba menos que yo ante mi fracaso. ¿Sabía por experiencia que esto sucedería? ¡No piense en lo que debe hacer, no reflexione cómo llevarlo a cabo —exclamó—; sólo si toma por sorpresa al arquero mismo, el tiro sale suavemente! ¡Ha de ser como si la cuerda cortara de repente el pulgar que la retiene, sin que usted abra la mano intencionalmente!

¿Existe mejor consejo para un actor que se debate infructuosamente tratando de *sentir intensamente*? ¿Y habrá mejor consejo para él y para el torero que las palabras de Takuan?:

Para hablar en términos de tu arte marcial, cuando en el primer momento notas que la espada se está moviendo

para golpearte, si *piensas* en encontrar la espada tal como es, tu mente se detendrá en la espada en esa posición, tus propios movimientos quedarán sin hacerse, y el adversario te cortará. Esto es lo que significa detenerse.

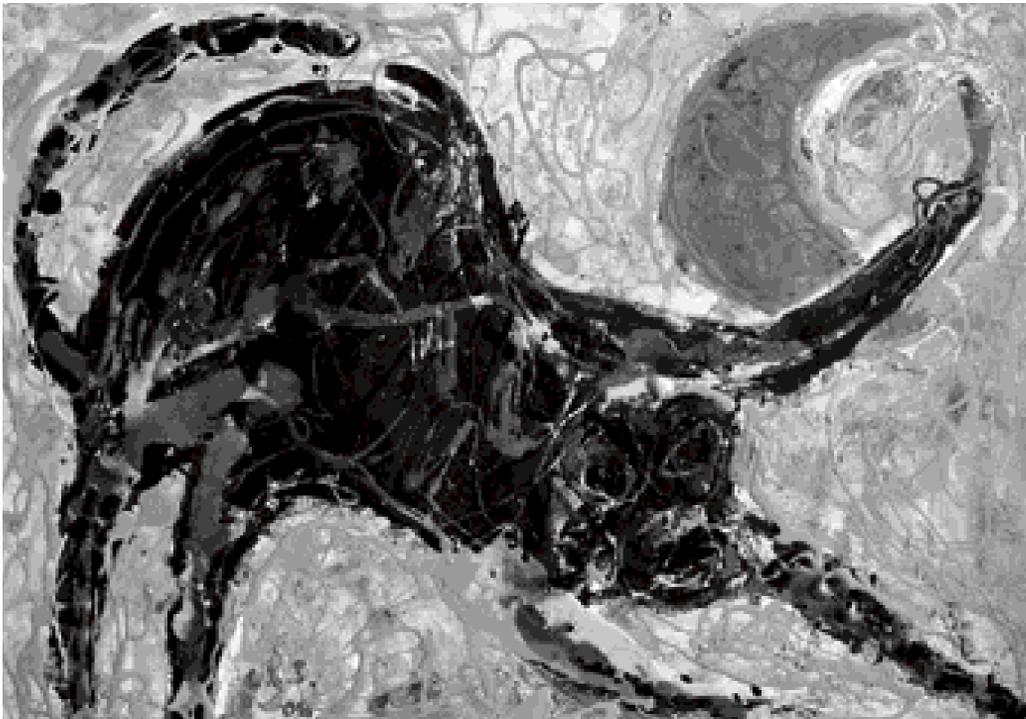
Aunque veas la espada que se mueve para golpearte, si tu mente no se detiene por ella y encuentras el ritmo de la espada que avanza; si no piensas en golpear a tu oponente y no quedan pensamientos de juicio; si en el instante en el que ves la espada balanceándose tu mente no se detiene ni un poco, te mueves directo y desvías la espada que te iba a cortar, ésta se convertirá en la tuya propia, y será la espada que corte a tu oponente.

Artes del presente absoluto, el zen, el toreo y el teatro demandan de quienes los practican concentración, determinación y flexibilidad. Como “el agua que siempre cede pero nada la detiene”.

Así en el zen como en la actuación. Así en la actuación como en el toreo.

Y así mi vida transcurre desde hace algunos años por las aristas de este triángulo:

El teatro... los toros... el zen... **U**



Carlos Lozano, *Toro enamorado de la luna*